

ROSENDO AMOR

UNA SEMBLANZA

ALFONSO ALVAREZ-BRAVO

El académico ilustre, el maestro venerado, el cirujano elegante y depurado, el ginecólogo de recia personalidad que contribuyó a abrir las brechas y senderos de una nueva Escuela Ginecológica mexicana, el hombre al mismo tiempo sencillo y señorial que no aceptó ni el halago vano ni la falsa modestia, ha muerto. Su obra, sin embargo, perdura y anima nuestros pasos. Las innumerables realizaciones científicas, espirituales, prácticas y humanas del maestro Amor, a través de una vida larga y particularmente fecunda, le colocaron al fin y para siempre en el excelso peldaño de Maestro de la ginecología mexicana.

Vivió quizá demasiados años para que las generaciones jóvenes del ahora —que presenciaron solamente los años menos productivos de su vida— puedan aquilatar lo que fue este hombre, este médico maestro de tantas generaciones. Desgraciadamente, las personalidades se esfuman y los hechos pronto se olvidan, aun cuando lleguen a nosotros e inclusive formen parte de nuestras vidas las realizaciones constructivas de quienes nos precedieron, de quienes pusieron afán y desvelo por contribuir al progreso, por hacer un mundo

mejor. Por ello he de empeñarme, dentro de las limitaciones de esta nota, por hacer una semblanza del querido maestro, que deje, hasta donde sea posible, constancia de su personalidad y de su obra.

El maestro Amor, siendo aún muy joven, ingresó a la Academia Nacional de Medicina el día 5 de julio de 1916. Formó parte de una generación de hombres ilustres que dio nueva vida a la Academia, entre los que se contaron don Fernando Ocaranza, don José María Gama, don Francisco Paz, don Daniel M. Vélez y pocos años después, don Tomás G. Perrín, don Jesús Arroyo, don José León Martínez, don José Joaquín Izquierdo, don Ernesto Cervera y otros. Fue esa la generación —de influencia tan importante en la vida médica de México— que anunciara poco antes el doctor don Gregorio Mendizábal en ocasión del quincuagésimo aniversario de la Academia, al decir: "A ésta toca imprimir un nuevo y victorioso impulso y orientar a tan benemérita Sociedad por nuevos caminos en relación con el progreso de la ciencia."

Don Rosendo Amor fue distinguido con la presidencia de nuestra Academia, en la cual sirvió de 1938 a 1940, tocán-

dole en suerte, entre otras cosas, la celebración de las "bodas de diamante" de la Corporación, para la cual, según relata el doctor Francisco Fernández del Castillo, "se hicieron solemnes actos científicos y sociales en un clima de optimista entusiasmo".

El día 31 de marzo de 1954 la Academia reconoció sus virtudes académicas y los servicios prestados a la institución nombrándolo académico honorario.

Los intereses académicos del maestro Amor tuvieron también otras proyecciones. Fue miembro fundador de la Academia Mexicana de Cirugía y socio fundador de la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia. Esta última le honró muy merecidamente con el nombramiento de miembro honorario y posteriormente, con motivo del cincuentenario de su recepción profesional, le expresó su gratitud y reconocimiento designándolo presidente honorario vitalicio en su Asamblea General del día 26 de agosto de 1954.

Fue, además, miembro de numerosas sociedades médicas nacionales y extranjeras: miembro fundador de la rama mexicana del American College of Surgeons (1928), del Colegio Indolatino de Cirujanos (1936) y de la Sociedad Internacional de Cirujanos con sede en Bruselas (1934).

Inició su valiosa actividad científica y docente en el año de 1905, apenas seis meses después de su graduación, en que ingresó al profesorado de la Facultad de Medicina como jefe de clínica del Primer Curso de Clínica Quirúrgica. Su indiscutible calidad de maestro y su demostrado amor por la enseñanza pronto le llevaron a la dirección de la Facultad de Medicina, la cual ejerció de 1916 a 1920, época en la que floreció entre nosotros

la medicina funcional. Dio gran importancia a la enseñanza de la fisiología, para lo cual contó con la brillante y entusiasta labor del maestro don Fernando Ocaranza, pionero de estos estudios en México, quien había sido nombrado profesor de la asignatura un año antes, siendo director de la Facultad el doctor don Angel Hidalgo. En el año de 1918 y los subsiguientes se impulsaron las prácticas de laboratorio y se dotaron con mejores elementos los laboratorios de histología, microbiología y fisiología. Los maestros y profesores de esta última cátedra midieron entonces, por primera vez en México, la velocidad sanguínea en el perro y lograron la excitación de la cuerda del tímpano. Los primeros frutos de la investigación científica experimental en la Facultad fueron aquilatados personalmente por el entonces rector de la Universidad, licenciado don Juan Natividad Macías, ante quien los alumnos de fisiología Felipe Aceves, José Aguilar y Bernardo Avalos, demostraron el centro respiratorio en el piso del cuarto ventrículo.

La labor personal más importante del maestro, sin embargo, se orientó hacia la enseñanza especializada de graduados, entonces en ciernes, dirigiendo cursos de capacitación, entre los que recordamos el curso de Terapéutica en Cirugía General y Ginecología organizado con motivo del centenario de la Facultad de Medicina en octubre de 1933, el curso de Terapéutica Quirúrgica Ginecológica para médicos organizado por el Hospital de Jesús en diciembre de 1941 y los cursos para graduados organizados por la Sociedad Médica del Hospital General de 1938 a 1944. El maestro Amor fue además jefe de los cursos de ginecología organizados por la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia de 1947 a 1957.

No es de sorprender que la actuación del doctor Amor como maestro haya sido tan destacada, pues su personalidad médica se estructuró paso a paso a base de una formación integral que le permitió alcanzar una calidad y un prestigio genuinos. En su primera etapa se formó como cirujano general y su apasionada entrega a la cirugía le llevó a niveles superiores. Cirujano atrevido pero consciente, elegante y preciso, cuidadoso y lleno de recursos, mereció que el gran maestro don Gonzalo Castañeda le llamara "príncipe de la cirugía".

De acuerdo con los criterios de la época, que consideraban a la ginecología como una especialidad quirúrgica, se especializó en cirugía ginecológica. Inició los estudios de esta especialidad tomando en 1914 los cursos de especialización en Cirugía de Vientre y Ginecología que impartía por aquel entonces la Universidad Nacional de México. De ahí en adelante se preocupó constantemente por la resolución de los problemas relacionados con las enfermedades de la mujer. Maduró sus conocimientos y experiencias en las salas de los hospitales y en las visitas que hizo a las clínicas europeas. Atesoró formidable experiencia y ofreció sus mejores días en beneficio de la mujer sirviendo como médico del servicio de Cirugía para Mujeres del Hospital Juárez de 1914 a 1917; como médico del servicio de Cirugía de Mujeres del Hospital General de 1914 a 1934 y como jefe del servicio de Ginecología del Hospital General de 1934 en adelante. Terminó sus días asociado aún a su servicio del Hospital General, en el que actuaba como consultor honorario.

No es fácil analizar las contribuciones de este destacado exponente de la ginecología mexicana. Para ello habría que

analizar pormenorizada y concienzudamente sus ideas originales, sus conceptos clínicos, sus técnicas quirúrgicas y, en fin, todo lo personal que salió de su mente y de sus manos. Su gran capacidad, su invariable interés y su continuado esfuerzo le permitieron dominar y perfeccionar tanto la cirugía pélvica radical como la cirugía ginecológica más fina. En los días aciagos en que no había otros recursos para tratar el cáncer cervicouterino, introdujo en México la operación de Wertheim, la cual practicó y difundió ampliamente. Más adelante preconizó, entre los primeros, el tratamiento combinado radioquirúrgico de esta enfermedad.

Innovadores y trascendentes fueron sus conceptos acerca de la anatomofisiología y patología del tejido conectivo vascular de la pelvis, pero una de sus más grandes glorias fue iniciar en México la cirugía ginecológica conservadora y funcional, cirugía consciente, restauradora, cuya esencia puede expresarse en esta certera frase suya: "hay que conservar órganos, no enfermedades". Fue pionero en la práctica de la miomectomía, propuso técnicas originales para las resecciones segmentarias del útero y preconizó la conservación de las trompas de Falopio en el embarazo ectópico. En la época en que el mayor timbre de gloria de un ginecólogo era hacer una histerectomía brillante o extirpar cruelmente un ovario portador de un quiste sin pensar que existe en él un tejido precioso que puede conservarse, combatió la idea derrotista de cercenar anexos y substituyó el despilfarro de ovarios que caracterizó a aquella cirugía por la avaricia de la cirugía funcional que descubre un tesoro en cada fragmento de ovario que con legítimo orgullo logra conservar.

Fueron también importantes sus aportaciones a la cirugía uroginecológica. En

la misma época en que Coffey realizaba la ureterocolostomía, el maestro Amor abocaba los ureteres al colon, con éxito, para evitar la extirpación del riñón en las heridas accidentales del uréter. Ideó también otras técnicas para resolver problemas urológicos relacionados con la cirugía ginecológica, como fueron la formación de una neovejiga urinaria a expensas del ámpula rectal, la ureterocistostomía y la ureterocistoneostomía.

El intercambio internacional, a la usanza de entonces, lo hizo principalmente con Europa. Visitó Berlín, en donde el profesor Bier organizó sesiones quirúrgicas en su honor; Viena, en cuyo Hospital Rudolph los profesores Cusco y Weibel reconocieron públicamente la prioridad de su técnica de ureterocoloanastomosis. Recibió numerosas atenciones y honores en el Hospital San Carlos de Madrid en donde dio conferencias y operó enfermas en la Clínica de don Sebastián Recasens. Visitó Europa, comisionado por la Secretaría de Educación y la Universidad Nacional, para estudiar la organización de diversas universidades.

Esta escueta enumeración de hechos aislados no es capaz de dar una idea cabal de la personalidad del maestro. Las realizaciones, influencias y aportaciones que hizo el maestro Amor a la medicina y, en particular a la cirugía y a la ginecología, tuvieron como marco una recia personalidad, una actividad continua, una lucha incansable, fruto de su vitalidad desbordante y de su deseo constante de superación. El dinamismo profesional del maestro Amor —dice uno de sus discípulos más cercanos, el doctor Manuel Urrutia— “se vislumbraba generoso y prometedor desde sus albores, con su fecunda actividad estudiantil.” Aquel joven de atrayente simpatía fue descrito por uno de sus com-

pañeros de generación, el doctor Alfredo E. Gochicoa, como “muchacho encantadoramente jovial, que ostentaba con discreto orgullo su pobreza, igual que toda la pandilla, despreocupado de la opinión ajena, salvo en lo relativo a su grandiosa cabellera, *son apanage* como fuera el de Cyrano de Bergerac su nariz, de la que hacía gala con genuino desplante”.

“No teniendo nada —dice el maestro don Ignacio Chávez— se forjó solo, todo de oro y con un temple del mejor acero. Venía de las capas más humildes de nuestro México, de una de esas familias de provincia que hacen de la pobreza no un tema de resentimiento, sino un blasón de honor. Para educar a los hijos, la familia entera emigró a México y supo lo que era una vida de las más duras privaciones. Sin embargo, cuando a la casa modestísima llegó un día la oferta del gobierno de Zacatecas para otorgar una beca al joven estudiante que prometía ser una gloria de su Estado, el padre declinó la oferta con objeto de que el hijo se formara sin más apoyo que el de los suyos, humildemente pobre, pero orgullosamente solo.”

En ese ambiente inició su vida el estudiante de mente despejada, de inquietud científica, de responsabilidad innata, y con grandes limitaciones y con aún más grandes esfuerzos, escaló con soltura y seguridad los peldaños ascendentes que he comentado tan brevemente en líneas anteriores, hasta conquistar los títulos de maestro de la ginecología mexicana, académico de proyección indiscutible, hijo predilecto y benemérito del Estado de Zacatecas, amigo sincero, humano y generoso, hombre de natural simpatía que supo ganarse respeto y afectos.

Supo además equilibrar su vida, delicada y armoniosamente, asomándose a los

más diversos aspectos de la misma. A pesar de su intensa actividad en el campo de la medicina, tuvo tiempo para escribir delicados versos que leía con profunda emoción y sentimiento, para compartir con sus amigos en las veladas de todos tipos que tanto disfrutaba, para hacer deporte, gracias a su constitución privilegiada, hasta la edad de 80 años, a cuya edad el maestro don Ignacio Chávez, tuvo necesidad de organizarle una "huelga de

raquetas caídas" para evitar que siguiera jugando tenis.

Nació el 10. de marzo de 1879 y dejó este mundo el 20 de enero de 1970. ¡He ahí una vida genuinamente entregada a la medicina mexicana! ¡He ahí un magnífico ejemplo de superación, desde la nada hasta la excelsitud! ¡He ahí una imborrable figura de la ginecología mexicana que vivirá imperturbable entre nosotros, hasta siempre!